

No podía abrir los ojos. Por más que lo intentaba, parecía que mis párpados estuvieran pegados el uno al otro y ni la mayor fuerza hiciera posible separarlos. La verdad es que no recordaba haberme acostado tan cansado como parecía que estaba, como si cada parte de mi cuerpo pesara y fuera inamovible.

Sin embargo, sí estaba despierto, y a mi alrededor oía un jolgorio de voces, algunas cercanas y conocidas que me hacían sentir la calma, y otras indescifrables, todas ellas entremezcladas.

- Es muy importante que esté tranquilo, como lo ha estado hasta ahora; va a ser difícil para él acostumbrarse a todo esto, pero hay que tratarlo con la mayor normalidad y poco a poco todo será más fácil, para él y para vosotros.

No logré reconocer la voz que lo dijo, y no sé qué quería decir aquello. Yo sentía como mi piel estaba cubierta y me sentía arropado, aunque no como lo había sentido hasta ese momento. Escuchaba igual que recordaba haberlo hecho antes, pero más nítido y algo estridente, como si lo hicieran más cerca de mí. De pronto comenzaba a poder mover mis pies, mis manos; poco y lento, y el aire que estos notaban era liviano y diferente. Estaba tranquilo, pero a la vez algo incómodo con esa situación que me resultaba ajena a todo lo conocido hasta el momento.

Sentía la necesidad de gritar, de abrir los ojos y descubrir en dónde estaba y por qué todo lo que me rodeaba se sentía tan lejano a lo conocido. Quería llorar, pero no me sentía con fuerzas... Estaba agotado, y en ese momento, tan solo me quedé dormido.

Sin esperarlo, una voz cálida, dulce y serena me despertó de golpe; un hilo de voz, como quien dice un susurro, interrumpió el silencio que inundaba mis oídos:

- Bienvenido al mundo, cariño.

Esa voz, que tan bien conocía, debía ser mi madre.